

Manju o la montaña del alma

Cualquier sociedad que renuncie a un poco de libertad para obtener algo de seguridad, no se merece ni libertad ni seguridad, y acabará perdiendo ambas.

BENJAMIN FRANKLIN

Del pebetero emana un perfume a incienso del valle de Katmandú. Vuela libre envuelto en las notas musicales del *saringui* de Indra Gurung hasta las cumbres nevadas de los Himalaya. La morada de los dioses que allí habitan me devuelve el eco de un silencio sagrado de caricias eternas, recogidas de las manos que jalonaron el viaje hasta la montaña del alma.

Ven, siéntate aquí a mi lado, en el suelo. Tengo muchas cosas que contarte. Te lo contaré antes de que la memoria comience a filtrar otras luces y otros colores mucho más apagados, como los de esta ciudad, y se invente un viaje que no fue. Te lo contaré vestida con este *shari*, rojo y dorado, esculpido en los pliegues de mi piel por la primera mujer nepalí que habita en mí. Con la ternura divina de sus manos, con la gravidez de su vientre, modela cada día nuevos contornos en mi cuerpo, frente a un espejo de una tienda en Bhaktapur, una pequeña ciudad medieval, al pie de los Himalaya. Escaparates de ensueño, al aire libre, donde se exhiben telas de múltiples colores: amarillos, rojos, naranjas, azules, verdes, morados, de distintas tonalidades te estallan en los ojos como fuegos artificiales.

Te lo contaré para que juntos miremos los paisajes de Buda, para que puedas ver las montañas y la nieve, los templos y el silencio. Para que puedas viajar en el tiempo al ritmo frenético y trepidante de Katmandú. Aunque no podré contarte todo porque Katmandú necesita muchas palabras para ser contada. Mira al viajero con los ojos muy abiertos, sin parpadeo, como tú.

Llegaremos a Katmandú con las últimas luces de la tarde, después de doce horas de vuelo. Tras los cristales de la ventanilla de la furgoneta que nos llevará hasta el hotel, se descubrirá ante nuestros ojos un mundo abigarrado y caótico: entre puestos de fruta y comida, tenderetes de telas y flores, circulan destartalados autobuses abarrotados de gente hasta el techo, carros, motos con familias enteras, vacas solitarias, hermosas mujeres vestidas con el *kurta sural pijama* dibujando un laberinto de arcoíris que se rompe en un cielo enmarañado de cables negros. Cuelgan, como madejas deshilachadas, sobre las turbias aguas de un río, donde algunos lavan la ropa y otros lavan sus cuerpos.

Un atropello a los sentidos del que emergerá una voz del valle, terrosa y verde, de modulaciones tibias: Umesh, nuestro guía nepalí, un moreno bajito y sonriente con gorra de visera, esconde su mirada con gafas de sol oscuras, mientras habla sin cesar de las visitas y excursiones de los días sucesivos.

Ya en el hotel viajaremos de nuevo en el tiempo: apenas cien metros nos separan del último entramado de cables, pero el contraste es inmenso, una inmensidad de lujo y exotismo. Su arquitectura imita a una pagoda en el amplio porche, donde a las mujeres nos recibe una guirnalda de dalias frescas en el pecho y la gracia de un *bindi*, tatuado en la frente con henna roja, de las manos de sonrientes muchachas. También deliciosos zumos y, por supuesto, *namasté, namasté*.

Más tarde, me quedaré a solas con mi maleta, en una inmensa habitación con una cama descomunal -triste y vacía-, con suntuosos muebles labrados en madera de estilo oriental, varias mesas -una con frutas-, un escritorio con flores recién cortadas, un gran ventanal con mosquitera y muchas lámparas. Y mis ojos se llenarán de niebla. Hasta que mi mirada descansa al fondo de un jardín poblado de macizos de flores de encendidos colores; y más al fondo, las montañas... siempre las montañas. *Namasté*. Con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho y los dedos apuntando hacia el

cielo en posición de oración e inclinando la cabeza, me saluda una empleada del hotel. Mientras retira el edredón de la cama y coloca la alfombrilla del baño –donde también hay una rosa fresca, sobre el lavabo de mármol-, intenta hablar conmigo en inglés: me pregunta de dónde vengo, cuántos días me alojaré en el hotel; pero yo, ya sabes, apenas sé decir cinco palabras en inglés. Tendrías que haberme visto, intentando explicarle que aún no tenía *rupis nepalís*. Las propinas y el regateo son parte de sus señas de identidad. *Namasté*, se despide dejando tras de sí el tintineo de sus pasos flotando en el aire de la habitación. A pesar del cansancio, esa primera noche apenas pude dormir, lo cierto es que ni ésta ni las sucesivas. Imposible conciliar el sueño en Nepal. Imposible soñar dentro de un sueño en el que el tiempo se puede tocar.

Y el primer día amaneció en Nepal: al mirar por la ventana me sorprende un cielo claro, atravesado por el vuelo de un pájaro de grandes alas; los sonidos del despertar anidan en mis oídos como las notas musicales de una melodía inacabada. Y al fondo, las montañas. Siempre las montañas. En la habitación, las frutas: granadas, plátanos, manzanas, peras... comienzan a desprender un aroma dulce y familiar.

Un aroma que nos acompañará hasta la gran estupa del templo budista de Swayambunath. Situado sobre una colina, podremos disfrutar de una fascinante panorámica del valle que nos llenará los ojos. Y los trinos de los pajarillos, enjaulados, que nos venderá un muchacho para liberarlos como ofrenda, los oídos. Fue en la entrada de ese templo la primera vez que toqué los molinillos de oraciones: hay que voltearlos en sentido de las agujas del reloj para que se cumpla tu deseo. Mira, como éste, gíralo y pide tú también un deseo. Seguro que se realiza. Lo sé. Lo sé porque en Nepal siempre repican las campanas; su sonido cruza el mismo cielo en el que ondean las palabras de Buda en banderitas de colores, prendidas con hilos de luz a todos los templos. Pero, sobre todo lo sé porque el mío se ha cumplido.

Después nos trasladaremos a Phatan, la antigua capital real, con templos y pagodas de distintos estilos, donde se me ocurrió fijar mis ojos en los ojos de un Buda de turquesa, pintado en un colgante de plata, que sujetaba en las manos un muchacho de ojos muy grandes y mirada penetrante. Pero tendremos que regatear hasta el precio justo. ¿El precio justo?, me preguntas. Sin respuesta. Sin respuesta, también al mediodía, cuando comamos en un fresco patio, frente a un enorme árbol de buganvillas: *tali* nepalí -arroz muy especiado con cordero, verduras con salsas picantes, muy picantes-, y los ojos hambrientos de Buda nos esperen a la salida. Todavía hoy me lo sigo preguntando.

Con los ojos de Buda en la mochila, entraremos en un templo donde al sacerdote y a los niños que cuidan del templo –nos contará Umesh- no les está permitido salir durante un mes. Tampoco se pueden lavar ni cambiar de ropa. Las ratas, animales sagrados como los monos y las vacas, son sus compañeras de plegarias. En una galería, una mujer seca arroz en un plato de latón, mientras nuestras cámaras digitales se entrometerán sin pudor, una y otra vez, en su cultura, en sus costumbres; en sus oraciones y ofrendas, en sus tareas más cotidianas e íntimas. Aunque no creo que conozcan la palabra “intimidad”. Digamos que en su paz. A cambio sólo nos pedirán una propina por dejarse fotografiar.

De regreso a la furgoneta, la segunda mujer nepalí que habita en mí. La vi acercarse: una silueta menuda, con la cara labrada por muchos soles y las manos implorantes, colmadas de collares: me mira y me sonrío. Me sonrío y me mira. Sólo tiene un diente en la encía superior. Un dientecillo orgulloso que muestra feliz un islote de luz dentro de una cueva. Pone un collar de lapislázuli en mi cuello y alisa la piel de mi cara con su mano ennegrecida y arrugada. Cómo marcharme de Patán sin aquel destello de luz engarzado ya para siempre a mi garganta. La beso en la frente y ella ríe y ríe.

Al día siguiente visitaremos el casco antiguo de Katmandú, hasta Durbar Square. Miles de vuelos de palomas velando el dormitar de las vacas, frente al palacio de la Kumari-Devi, la diosa-niña viviente. La reencarnación de la diosa Durga, si reúne treinta y dos cualidades físicas: buena postura, bonito color de ojos, dentadura correcta y voz melódica, entre otras, pero que perderá su condición divina con la primera menstruación. Estas niñas son separadas de sus familias y recluidas en los tres templos de las ciudades más importantes del valle: Katmandú, Bhaktapur y Patán. Además, cuando vuelven a su vida no divina, ningún hombre quiere casarse con ellas porque existe la creencia de que trae mala suerte.

Toda la ciudad vive en la calle, pisa descalza el suelo pestilente y sucio, azufrado de miseria, mientras hace sus ofrendas en los templos donde toca las campanas y reza. Pero no llora. Como tampoco llora a sus muertos en Pashupatinath, con el exterior de un templo hinduista y el río Bagmati, sagrado por ser afluente del Ganges, donde tienen lugar los rituales de incineración. Donde los monos se alían con los santones de piel blanca y reseca, de largas barbas y melenas, para atraer a los turistas.

Las familias de los muertos se reúnen en círculos en la orilla del río –los niños con la cabeza rapada-, donde realizan sus rituales con alimentos, flores, especias... Un penetrante olor acre y dulzón lo impregna todo, a cloaca y a sándalo, y se mezcla con el humo de las velas y las cenizas de los cuerpos; se expande por el cielo, mientras las aguas del río discurren serenamente con los restos de los cuerpos incinerados. Estas cremaciones tienen por objeto devolver al universo lo que nació de él, a los cinco elementos telúricos: agua, tierra, aire, cielo y fuego. Y mientras los hombres oran en el templo, las mujeres bailan.

Y también iremos de compras. Escucha la melodía que se ejecuta cariñosa y amable, desprendida de la sonrisa brillante, que nos perseguirá por el ocaso de las calles de

Thamel, por la infinidad de tiendas y tenderetes durante más de dos horas, otro barrio de Katmandú: un muchacho quiere venderme un *saringui*, pero ya he comprado dos. Y como no hay dos sin tres, *voilà*: un violín tallado en madera y labrado, con un arco de bambú, tensado por una cuerda parecida al hilo de bramante.

Y sin darme cuenta, Manju está a mi lado, la tercera mujer nepalí que habita en mí, rodeada de otras muchachas, graciosas y divertidas, como ella. Bolsos y monederos de raso de todos los colores, adornan su risa cuando les decimos: “ya no tenemos dinero”. Y lo repiten con un gesto de burla amable, meneando la cabeza. Imposible hacerles comprender que ya hemos comprado muchos, muchísimos. Entonces Manju me toca el rubio de mi pelo y el carmín de mis labios en tanto con las manos me habla de su vida en las montañas: sólo baja a la ciudad para vender. Manju tiene una resplandeciente cabellera negra, espesa y brillante. Tiene dos grandes lunas negras en los ojos. Tiene risa en la boca. Tiene una alegría desconocida en todo Occidente. Me pregunta mi nombre: Marta, pronuncia con risa en los ojos. Le pregunto el suyo, no lo entiendo; y ella desaparece. Regresa enseguida con su ofrenda: toma mis manos entre las suyas y deposita eternamente su nombre en mi corazón, su nombre escrito en un trocito de papel dorado de una cajetilla de tabaco. ¿Lo ves? Manju. Lleno mi mochila de bolsos y monederos, entre las virtudes de los budas, sin regateo, y le regalo mi barra de labios y un mechón de mi pelo.

Un mutilado cruza la carretera. No tiene piernas, se arrastra entre las motos, los *ciclorickshaws*, las vacas y los transeúntes. Lo miro con pavor, y él sonrío. Sonrío arrastrando la grandeza de su miseria pegada a la pelvis en mugrientas costras de polvo, abriendo caminos del corazón. Su sonrisa exhala una armonía de colores, aromas, sonidos y sabores, una armonía caótica que sólo puede ser posible en estas tierras con

estas gente de rostros morenos y profundos ojos de mirada luminosa, al pie de los Himalaya.

Como hace mucho calor, un calor húmedo y pegajoso, descansaremos en una joyería, donde el joyero y su hijo nos ofrecen asiento y refresco. Al padre le gusta conversar, le gusta la ceremonia de la venta: nos explica detalladamente las propiedades de las piedras semipreciosas, las expone a la luz para que podamos ver los distintos reflejos que toman, y antes de fijar un precio insiste en que te las pruebes. El hijo sonríe.

Y continuaremos hasta Nagarkot, en las montañas vecinas del valle. Están arreglando la carretera, las mujeres con su *piyamas* transportan en la cabeza bandejas con la gravilla que van repartiendo a ambos lados de la calzada. Una de ellas carga con un bebé colgado a la espalda. Los niños se acercan hasta nosotros. Nos piden *rupis*, entre los búfalos y las vacas.

En el camino hasta el hotel de montaña, donde comeremos unos sabrosos *momos* de carne de búfalo, en el fondo de una pequeña tienda, el rostro de un muchacho brilla en la oscuridad mientras talla máscaras. Levanta la vista y nos regala una sonrisa eterna, fuera del tiempo. En toda la aldea suena una música relajante que envuelve nuestra mirada perdida en el verdor de la frondosidad del valle, hasta descansar en las nubes bajas que descienden de las montañas y dilatar nuestras pupilas hasta las cumbres cubiertas de bruma.

De las casas de adobe y paja, que bordean un sendero de barro, de regreso a la furgoneta, salen niños con las manos vacías y los pies descalzos. Corren tras de nosotros, espantando gallinas y otros animales de corral. Se vuelven locos por un caramelo con esos ojos guapos. Está lloviendo, una lluvia fina y estremecedora.

Pero cierra los ojos porque amanece en los Himalaya. Sólo podremos ver los tres picos más altos porque no hay suficiente visibilidad: el Sagarmatha, ¡el más alto del mundo!,

el Lhotse y el Makalu. Sí, en el mundo hay solamente catorce “ochomiles”, y ocho están en Nepal. ¿Dónde si no iban a vivir los dioses?

Amanece en el Everest entre mares y mares de nubes. Déjate renacer de su luz y de su belleza, brillante y nevada. De la montaña madre y del sueño. Sentirás su abrazo como una epifanía del alma. Volaremos por un lateral de la cordillera y de pronto sobre las nubes blancas, las heladas cumbres blancas, el llanto en los ojos. Ahí está siempre, en mi retina, eterna y protectora. Vive en mí. No es alegría, no es tristeza –la alegría sólo existe en relación con la tristeza-, no es amor, no es dolor, no es ausencia y tampoco es presencia. Es “la montaña del alma”.

Y ahora descansemos en la noche del lago Pokhara. Del nepalí *pokhari* que significa 'lago' porque la región alberga los tres lagos más carismáticos de Nepal: el lago Phewa, y los lagos Rupa y Begnas. Bordaremos el río Trisuli con parada en Kuringtar donde subiremos en un moderno funicular que se eleva sobre dos enormes montañas hasta el venerado templo de Manakama. Nuestros ojos viajarán por el verdor de una exuberante vegetación y se dejarán arrastrar por la fuerte corriente de las caudalosas aguas del río.

Serpentearemos por una estrecha carretera, llena de baches e intenso tráfico. Detenidos en un atasco cerca de dos horas, Umesh, nuestro guía con sus gafas de sol y su gorra de visera, aún en la noche, nos informará de que han atropellado a un niño y ha muerto. Ya te he contado que en estas tierras los niños corren detrás de los autobuses de turistas, sin miedo. Se pegan a las ruedas y te dicen adiós con una mirada que duele. Tan sólo la luz de las bombillas de algunas casas ilumina el camino. El resto es todo oscuridad.

Pero pronto llegaremos al hotel. En la otra orilla del lago. Lo cruzaremos juntos sobre una balsa. Las habitaciones son cabañas individuales, arracimadas en forma circular. Desde el amanecer en la montaña del alma, el tiempo parece haber cobrado densidad y

materialidad. Avanza con pereza como si quisiera hacerse eterno. Y un velo de miedo vela mi insomnio.

Me asomo al miedo: a la noche. Salgo a ella. Huele a magnolias y a jazmín. ¡Es hermosa la noche! No hay miedo en la noche del lago. Toda la vegetación yace en una armoniosa paz nocturna de otro mundo que desconozco, y es absorbida por todos los poros de mi piel. Se empapa mi cuerpo, se ilumina mi alma. El cielo casi negro está dulcemente salpicado de estrellas brillantes, y en una esquina del cielo: la luna, una lunita pequeña, una luna que resplandece entre mis ojos, que brota en lágrimas de colores. Me siento en el porche y tiemblo. A ratos tiemblo.

Vuelvo a la habitación, un buda en una hornacina frente a mi cama, reza sus mantras para la mujer que tiembla en el porche. Miro por la ventana y la veo. Veo otra mujer que ya no soy yo, sentada en la noche, rodeada de montañas que no ve y lejanas constelaciones que nunca verá; una mujer que es todas las mujeres nepalíes que ya siempre habitarán en mí. Una invisible brizna de polvo en este paraíso detenido en el tiempo donde fluyen todos los sueños.

Ya puedes abrir los ojos, sí abre mucho los ojos para que puedas gozar de la salida del sol más espectacular del mundo. El goce del resplandor del sol sobre la cordillera de los Annapurna, sobre el nombre de un dios que significa ‘suficiente comida’.

El sol sale a nuestra espalda, y sus rayos comienzan a reflejarse en las cimas del Annapurna y del Machapuchare. Al principio, verás sólo un charquito de luz y, poco a poco, verás raudales de sol bañando todas las montañas. Emergen blancas y brillantes en una visión mágica, de una belleza insólita. En el mirador se agrupa la gente con sus cámaras preparadas para captar con el obturador ese fugaz instante: la primera luz del sol sobre la cima, el primer brillo cegador. Se abren las sombras, como una flecha certera, el rayo llega y la luz desciende, lentamente, por la falda de las montañas hasta

llegar al valle; hasta sumergir toda la cordillera en una agua de luz, clara, sin densidad. Liviana. La cordillera en nuestra retina. Su luz, su brillo, su magnificencia, su sabiduría, en nuestra alma. El despertar de las almas dormidas.

El sonido de las trompetas de un templo tibetano nos acompañará en el descenso por una pendiente escarpada de la ladera hasta el gran lago. En una especie de chamizo, donde venden bebidas y golosina, un grupo de niños con uniforme azul esperan el autobús del colegio. Nos colman de risas corriendo detrás de nuestra furgoneta a cambio de unas bolsas de chucherías. Me acuerdo del niño muerto en la carretera.

Y con el alma llena de montañas de luz, nos derramaremos en el atardecer del valle hasta llenar de alegría cada rincón de nuestro cuerpo. Daremos un paseo por el lago de Pokhara, en una barquita, recogiendo de sus aguas los reflejos nevados de los Annapurna. Podrás tocar los juncos de sus orillas y respirar la paz que destilan sus aguas. Y yo podré reconocerme en tus ojos, compartir la belleza contigo.

Así sea: alma y cuerpo, fundidos, descansarán eternamente en la noche del lago.

El viaje continúa, hoy, su rumbo en mi corazón. Entre la garganta del río Seti y el templo de Shiba, en los telares de un campamento de refugiados tibetanos, la cuarta mujer nepalí que habita en mí me llama a sentarme a su lado. Y toma mis manos para que aprenda a pasar la aguja entre los hilos que hoy tejen estas palabras para ti.

Desde luego no nos despediremos de Umesh, porque el monzón de Pokhara nos aguarda al igual que la tierra seca y árida acoge en su seno la deseada lluvia como la semilla de un amante. Y, mientras tanto, cuando mires los rostros grises y ásperos que, cada mañana, viajan en el metro de esta ciudad, su mirada fría y opaca sobre el periódico, recuerda que tú guardas un amanecer nepalí en el bolsillo, un amanecer que te recuerda que en este mundo, mientras amanezca en el Everest, la vida todavía es un bien sostenible. *NAMASTÉ NEPAL.*